

BREVE ENSAYO SOBRE LA BARBARIE

A los ochenta años de Doña Bárbara

Tomás Straka

La clásica pugna entre civilización y barbarie brotó en el mundo académico y literario venezolano de la mano de las reflexiones de dos importantes intelectuales: el polígrafo Julio César Salas y el escritor Rómulo Gallegos. Con el advenimiento del progreso y las nuevas tecnologías, a más de un observador sociológico le pareció asistir a las pompas fúnebres de las fuerzas irracionales del primitivismo. Pero en la actualidad el fantasma de la barbarie recorre nuevamente el continente.

CUANDO EN 1919 el antropólogo, lingüista y polígrafo merideño Julio César Salas (1870-1933) señalaba que «pone pavor en el ánimo más indiferente el examen de la estadística criminal de la República, y palpar el enorme número de procesados y sentenciados por delitos comunes», sabía exactamente de lo que estaba hablando. Cinco años antes, por una desavenencia menor, su hijo Carlos Salas Ruíz había sido asesinado de varios balazos. El homicida no logró huir, pero su condena fue de tan sólo ocho años. Un exabrupto, según el padre adolorido, si se consideraba que actuó con premeditación, alevosía y nocturnidad. Como el personaje garciamarquiano de *Crónica de una muerte anunciada*, estuvo todo el día buscando a Carlos Salas por la ciudad, terciado con su revólver. Al final lo esperó, ya de

noche, oculto detrás una esquina por la que sabía iba a pasar. Cuando lo hizo, le descargó el arma.

Salas encontrará tiempo en su carrera de agricultor, escritor y paciente investigador para apelar. Publicó cuatro folletos con sus alegatos. En *Página autobiográfica*, de 1928, —inérita, como la mayor parte de su vasta obra— confesó que prefirió apartarse del ejercicio del derecho porque hay países donde la carrera de abogado «no significa ciencia sino intriga». Pudo comprobar en el trágico episodio de la muerte de su hijo hasta dónde esto era verdad: cansado de sus publicaciones, que ya eran escándalo en aquella Mérida aún neblinosa y de pocas calles, el juez de la causa, Domingo Sardi, decide resolver las cosas a la brava: lo intercepta en la calle, lo grita, lo insulta, parece una fiera más que un letrado.

Salas, humillado, harto, intenta pegarle con su bastón, pero Sardi es más hábil: se le va encima, lo tumba, le saca la pistola que cargaba bajo su paletó —porque en Venezuela todos cargaban pistola— y estuvo a punto de dispararle con su propia arma si varios vecinos no lo separan. Al final, es Salas el que va preso, por un mes. El juez está conectado con el padre del homicida que, por cierto, tiene un cargo importante y muchas conexiones con el gobierno local. Esto ocurre ya a tres años del asesinato, en febrero de 1917. Cuando sale de prisión, Julio César Salas decide marcharse a Caracas.

Por eso cuando reflexiona en su *Civilización y barbarie* (1919) sobre la situación venezolana de la hora, y ve en la delincuencia la manifestación de todos los grandes males de su sociedad, estaba conectando sus

reflexiones como profesor fundador de la cátedra de sociología de la Universidad de Los Andes con las vivencias del hombre de letras angustiado con un entorno *bárbaro*. Esos grandes males eran la incapacidad de las élites para sostener la legalidad y la institucionalidad; la ignorancia del pueblo; el déficit de ciudadanía; la distancia de los valores de la modernidad (trabajo, ahorro); la ley del más fuerte como principio rector de las relaciones sociales; y la violencia como su lenguaje común. *Civilización y barbarie* forma, con *Tierra Firme* (1908), *Lecciones de sociología aplicada a América* (1914) y *Etnografía americana* (1921), el corpus fundamental de lo que Salas publicó en vida, apenas una porción de las miles de páginas que dejó en cajas que aún aguardan por su edición. Y es, también, el punto más alto al que la filosofía positivista venezolana —incluso en la versión muy particular de Salas, tan deslindada de biologicismos— llevó su reflexión en torno a la barbarie, si descontamos a la gran novela nacional venezolana que aparecería una década después: *Doña Bárbara* (1929), de Rómulo Gallegos.

Para Salas, como para Gallegos, la vieja dicotomía establecida por Domingo Faustino Sarmiento en su *Facundo. Civilización y barbarie* (1851), estaba tan clara como vigente. Por un lado andaba la civilización, vinculada a la ciudad y los valores de la Europa capitalista y liberal. Por el otro, la barbarie, es decir, la ruralidad americana, apartada de la legalidad —he ahí la homicida y terrófaga Doña Bárbara, capaz de cualquier delito en su condición de cacica llanera— y del *progreso*. Cuando se impusieran la ley, la regularidad, el trabajo, el civismo, la ciudad y el capitalismo no serían posibles las doñas Bárbaras, los jueces Sardi ni los hombres fuertes y providenciales como Juan Vicente Gómez. Con eso soñaban. Por eso luchaban: Salas imprimiendo periódicos en Mérida, y Gallegos escribiendo novelas de al-



Ilustración: Oswaldo Dumont

cance continental y, pronto, metido en los torbellinos de la política.

La *barbarie*, entonces, como la anti-república, como la negación de los sueños de civilismo y legalidad con los que se fundaron las repúbli-

cas en 1931; el Programa de Febrero, y los Manifiestos-Programas de ORVE y del Bloque Nacional Democrático, en 1936— encontramos la vigencia de las seculares ideas liberales como aspiración para «el funcionamiento

Democrático Nacional, de 1939, y de su heredero, Acción Democrática, aparecen matices importantes. Aunque se declara, por un lado, como correspondía a todo partido moderno del momento, no «demo-liberal», por el otro señala una visión autónoma frente a quienes desdeñaban a los sistemas *demo-liberales* (fascistas y comunistas) y frente a lo que, en el visor general de la élite hasta el momento, se llamaba *civilización*. Aunque ya no discurre en los mismos términos de Sarmiento, no hay que olvidar que el presidente del partido es nada menos que Rómulo Gallegos, a quien en 1948 sus planchas elevarán a presidente de la República, el primero elegido por voto universal, directo y secreto. Acción Democrática ya es un partido que no acepta acriticamente lo que venga de Europa. Tanto el fascismo como el comunismo soviético les parecen regímenes susceptibles de una tiranía peor que la gomecista. Es decir, la revelación de que países cultísimos de la vieja Europa pudieran ser más bárbaros que nosotros, en eso de la arbitrariedad de un jefe, la violencia en las relaciones sociales, el delito y la falta de institucionalidad—y aún no se sabía nada de la corrupción de sus élites, con sus grandes cuentas en Suiza; ni se podía sospechar lo que estaban haciendo sus tropas en la Europa ocupada en cuanto homicidios y genocidios!—.

Es una conclusión a la que no se llega, al menos no de esa manera, rápidamente; pero que quedará clara para muchos cuando, una vez terminada la guerra y, una década después, con la desestalinización, se revelen

Doña Bárbara estará siempre de vuelta cuando la debilidad de las leyes y las instituciones se lo permitan. Alfabeta, conectada a Internet, acaso ahora con pistas clandestinas en sus tierras para negociar nuevos productos más rentables que el ganado, con sus sicarios propios y funcionarios y Mujiquitas tarifados

cas hispanoamericanas hacia 1830, es una de las líneas fundamentales que atraviesan su historia a lo largo, cuando menos, de los primeros cien años de vida independiente. Entre los sueños de la Sociedad Económica de Amigos del País —fundada en 1829 para el diseño de la Venezuela que, según todo lo indicaba, pronto emergería de los escombros de la Gran Colombia— y *Doña Bárbara*, van cien años de sobresaltos, sueños y desilusiones. Una centuria signada por la dialéctica entre el deseo, más o menos sincero, de nuestras élites por volvernos un país *européo*, es decir, para ellas, *civilizado*, y la realidad de un pueblo que no tenía —es más, que no tenía por que tener— unas aspiraciones similares.

En gran medida, si leemos los grandes proyectos con los que al cabo de ese período se rediseñó la vida republicana —el Plan de Barranquilla,

de un régimen de legalidad» que se «opondrá enérgicamente a las arbitrariedades», según leemos en el Programa de Febrero. O como dice el manifiesto de ORVE (Organización Venezolana): para «hacer de Venezuela un Estado Moderno». Es decir, justo lo que Salas y Gallegos identificaban como la *civilización*. Si les sumamos que el resto de sus postulados se alineaban con el desarrollo educativo —desde la alfabetización hasta la promoción de la educación técnica— y con la industrialización, como otros dos aspectos comunes y esenciales, el cuadro termina de completarse.

No obstante, esa Venezuela que se rediseña en la cuarta década del siglo XX con el fin expreso de que dejara de ser *bárbara*, pronto se va a encontrar con que las certezas de una generación atrás ya no estaban tan claras. En las tesis del Partido



COMPROMISO SOCIAL: GERENCIA PARA EL SIGLO XXI

ANTONIO FRANCÉS (COORDINADOR)



0212-555.42.63
edies@iesa.edu.ve

La empresa es el motor económico por excelencia, sea privada, pública o social. Hasta ahora trabaja para sus accionistas, pero los trabajadores, los clientes y las comunidades le plantean exigencias crecientes, que van más allá de lo que se conoce como responsabilidad social. En *Compromiso social: gerencia para el siglo XXI* se dan herramientas novedosas para responder a esas exigencias.

los rasgos más oscuros de los totalitarismos. El muy desprestigiado liberalismo —considerado una antigualla por los revolucionarios de izquierda y de derecha de las décadas de 1920 y 1930— reaparece en algunos círculos intelectuales y universidades anglosajonas estimulado por la reflexión de lo que puede pasar cuando sucumbe el imperio de la legalidad y del control y equilibrio de los poderes. Hay quienes, tímidamente, empiezan a hablar de «la barbarie nazi». Pero el grueso de los venezolanos no terminará de procesarlo, y seguirá bajo el influjo típicamente *subalterno*, *endorracista* (es decir, de asumir una actitud racista hacia sí mismo: soy inferior) de que la barbarie se refiere a un rasgo hispanoamericano, y no ético más general, posible en gentes rubias en climas templados; gentes que no violentan la luz del semáforo, que pagan sus impuestos, que son austeros, ahorrativos, emprendedores. La clave de la barbarie, entonces, responde sobre todo a valores sociopolíticos generales.

A la vuelta de medio siglo, para inicios de los años del 2000, la *barbarie* ya era un término caduco, justamente desprestigiado por su carga peyorativa y, repetimos, *endorracista*. En conjunto, Hispanoamérica estaba gobernada por regímenes civiles, civilistas —no siempre los civiles son civilistas—, respetuosos de las reglas de juego esenciales de la democracia liberal y de la economía de mercado. Venezuela se presentaba como el más antiguo y sólido de todos. Un sueño para Gallegos o Salas sesenta años atrás, aunque en esto de la economía de mercado más del segundo que del primero. Las sociedades se habían urbanizado y las poblaciones alfabetizadas. Doña Bárbara parecía, con razón, una figura de épocas lejanas y superadas. Sin embargo, el olvido de otras «barbaries modernas» —totalitarias— cuya completa derrota en Europa algunos entusiastas identificaban con la Caída del Muro de Berlín, hizo olvidar un par de cosas: que esos atributos que los decimonónicos atribuyeron a la *barbarie* son po-

sibles en regiones muy urbanizadas, con poblaciones educadas y de clase media. Que no se trata de determinismos raciales o geográficos.

¿Era o no la delincuencia en 1998, en 2000, un problema peor en Venezuela que en 1919? ¿Estaban extendidos los valores de la iniciativa empresarial, el trabajo y el ahorro en un país subsidiado por la renta petrolera? ¿En serio las formas liberales garantizaban control de los poderes y la legalidad? ¿Era la sociedad menos violenta que en los días en que Doña Bárbara mandaba a liquidar a sus rivales con sus pistoleros? ¿O el sicariato se había quedado en el Apure de la década de 1920? No es el momento para adentrarnos en la madeja que explica cada uno de es-

Egipto antiguos a la Venezuela contemporánea.

Como en la Alemania y la Italia de 1920, cuando en el mundo moderno y occidental la institucionalidad republicana deja, por una razón o por otra, de funcionar, los pueblos desesperados —y no necesariamente campesinos del Hato Altamira— aplauden a quien se atreva a patear la verja para encontrar una solución a sus males. Por eso, Doña Bárbara estará siempre de vuelta cuando la debilidad de las leyes y las instituciones se lo permitan. Alfabeta, conectada a Internet, acaso ahora con pistas clandestinas en sus tierras para negociar nuevos productos más rentables que el ganado, con sus sicarios propios y funcionarios y Mujiqitas

Lo que determina la barbarie, o como corresponda llamarla ahora, no es ser europeo o ciudadano; sino la presencia de determinados valores contrarios a los que la civilización del momento tiene por superiores

tos fenómenos. Sólo lo haremos en la puesta en evidencia de uno de ellos: en la quiebra de los valores del republicanismo y el liberalismo, es decir, no en el hecho de que no existan tales valores —a su modo, siempre existieron, incluso con forma de ley, desde 1830— sino en el que existiendo no estén extendidos, o sean efectivos, o tengan realmente convencidos a los ciudadanos, se trata de una circunstancia que marca eso que hace un siglo se denominó *barbarie*. ¿Significa esto que la *civilización* sólo es la europea moderna? En modo alguno. Así pensaban los decimonónicos, ahítos de tesis racistas, eurocéntricas e imperialistas. Se trata de que la ilegalidad, la arbitrariedad y la violencia son variables propias de las crisis de las civilizaciones, que se miden desde los conceptos que sobre esos términos tiene cada una. Los ejemplos van de la China y el

tarifados; relacionada con gobiernos arbitrarios, que se burlan de las instituciones. El problema básico que denunció Gallegos mantiene vigencia.

Lo que determina la *barbarie*, o como corresponda llamarla ahora, no es ser europeo o ciudadano; sino la presencia de determinados valores contrarios a los que la civilización del momento tiene por superiores. Julio César Salas —que centró su estudio en los valores y no en los determinismos, a contravía de sus contemporáneos—, sabía exactamente de lo que hablaba. De lo que vibraba en la cabeza y el corazón de dos ciudadanos, estudiados, de clase alta, seguramente blancos, que acaso despreciaban a una *guaricha* como Doña Bárbara: del homicida de su hijo y del juez que prácticamente lo absolvió. ■

Tomás Straka

Profesor de la Universidad Católica Andrés Bello